

Pereira

DOS libros, dos. A pares saca los libros Antonio Pereira, el gran berciano de las barbas blancas y de los afectos dorados; Esta sorpresa que nos proporciona Pereira de sacar al mismo tiempo dos obras tienen que ver con el hecho de que Pereira es bifronte o, si se prefiere, bivalente, es decir, que tiene dos valores, pues, que es al mismo tiempo abuelo y niño. Abuelo ya que lo que más le gusta del mundo es contar cuentos, y niño pues igual disfruta oyéndolos. Porque Pereira, que es conversador que ovilla con destreza sus palabras, sabe al mismo tiempo escuchar a los demás e incluso se interesa por lo que bulle en la mente de sus semejantes, y esto, en el mundo de escritores, es ya una aportación originalísima si se tiene en cuenta que la mayoría alberga la convicción de proceder del rayo de Zeus y gasta modales en consonancia. Pereira es de un lado, cortesía lírica; de otro, el venero fastuoso de la imaginación triunfante. Siempre el número dos, como los dos paisajes de su Villafranca, el del valle colorín y cantarín y el de la montaña, vieja de aromas, joven de nieves. Lo que a Pereira le gusta es la vida y las gentes, y sus afanes y sus manías, disfruta en la ciudad y en el campo, y se pirra por una anécdota jugosa que él luego adereza con las especias de sus músicas propias. Pereira es el buscador de caminos (me parece que algo de esto lo ha dicho ya algún crítico) o, mejor, un viajero pues ha viajado mucho, con Úrsula buscándole las venas a Europa, no como uno de esos turistas que circulan a cien monumentos a la hora. Yo creo que esta dimensión de Antonio Pereira como viajero es muy importante y algún día habrá que dedicar a la misma cierta atención porque es determinante en su vida. Tanto es así que mientras no pudo ser viajero fue viajante que es el sucedáneo más logrado.

«País de los Losadas» es uno de los libros que ahora sale, reedición del que ya se publicó en 1978, y en él se ve el alma española, la irónica mirada del pueblo caballeresco, el canto de sus dolores más hondos. El otro volumen, «Cuentos de medio siglo», contiene alhajas del estuche de Pereira: «Una ventana a la carretera», «Rabanillos», «Pablito, apóstol», «Los Cedilla» y tantas otras. A mí me entusiasman sus expresiones como, cuando al hablar sobre el martillar implacable del herrero, dice que «se copiaba a sí mismo con tal monotonía que los golpes llegaban a ser una manera de silencio».

Esto de sacar de nuevo relatos antiguos es un privilegio que tiene algo de misterioso y recuerda a esas quimeras que ahora es posible alcanzar con los embriones a los que se congela hoy para volver a darles vida allá en los tiempos en que el siglo XXI avance ya con el paso maduro: Y privilegio de Antonio Pereira que conserva la juventud ajustada con las sutiles grapas de la palabra que es milagro.

Francisco Sosa Wagner